

cordante mi propia definición, puesto que un medio-ambiente—una sociedad cualquiera—es un campo de las luchas por la vida, por la vida individual y social, del hombre y de la patria. Por ello el fenómeno ó ley que he enunciado podría también concretarse del siguiente modo: *el proceso total de la educación, ó sea de adaptación al medio, será tanto más largo y difícil cuanto más alto sea el grado de civilización de esa sociedad media.*

En la vida moderna todo es complejo, vasto, rico en matices y en detalles, en prejuicios y tendencias acumulados en siglos y siglos; la naturaleza misma ha perdido su espontaneidad de otras épocas, y el artificialismo la ha forzado y desfigurado como el cuerpo de una mujer encorsetada, vestida y peinada según cualquiera de las modas de estos últimos tiempos. La literatura, el arte, la ciencia, la industria, la política, todo lo han modelado impregnándolo de colores, de perfumes, de formas, de notas, de vaguedades delicadas, de gritos vehementes, de armonías disonantes, cuya comprensión, siquiera relativa, requiere para el espíritu, una infancia y una adolescencia más largas que las que la fisiología marca al cuerpo. De ahí que esa plenitud que llamo *psico-sociológica* (y que aún podría extenderse á la fisiología), sea tan penosa de adquirir: como que desenvolverla es la obra de la educación, la larga y variada y potente obra de la educación.

§ 167. *Doble proceso que la herencia marca á la educación en el desenvolvimiento humano: «inculcar» y «desarrollar».*—He empleado dos términos en mi definición, cuyo alcance, debe ser precisado científicamente, al decir que la educación es la ciencia-arte

que tiene por objeto *inculcar y desarrollar* en los individuos las mayores y mejores aptitudes para la lucha por la vida. La clave de tales expresiones está en la naturaleza de las herencias fisiológica y psicológica de cada uno.

Al *inculcar* á un alumno sanos principios de moral ó vigorosos rasgos de ciencia ó de estética, debe pensarse que, no tan sólo se enseña un hombre, sino que también se colabora á producir gérmenes de ideas y tendencias *larvadas* que pueden llegar á transmitirse á muchos hombres, de generación en generación; por otra parte, *inculcar* sanas doctrinas, suele ser el único medio de *destruir ó debilitar* otras nocivas transmitidas por la herencia.

Al *desarrollar* las aptitudes del alumno, deben estudiarse cuáles son sus tendencias hereditarias, cuál la idiosincrasia de la psicología que le han transmitido sus ascendientes; esa psicología debe considerarse no sólo como un terreno en el que la herencia, á manera de aluviones, ha ido depositando, á través de los siglos, ricas capas de limo, aptas para fecundar semillas de ideas, florecer gérmenes y madurar frutos, sino también como un tesoro oculto de especialidades innatas, que el maestro debe descubrir y favorecer, evitando dar á esas fuerzas otro giro que aquél que les sea propio, ya que sólo la libertad es propicia al desenvolvimiento pleno de las actividades humanas. El profesor debe, pues, desarrollar en un artista nato la facultad del arte y no el raciocinio científico, así como el jardinero no fuerza al manzano ó al guindo, por injerto y otros artificios, á que dé antes extrañas flores que sabrosos frutos.

Tanto la inculcación como el desarrollo á que me refiero, deben verificarse, es cierto, con las ideas y

los medios del presente de la sociedad educante; pero de manera indirecta deben referirse, la una á un futuro *posible* y el otro á un pasado *seguro* de muchas generaciones. Aunque la referencia se verifique, por lo general, de una manera poco menos que inconsciente, y haciéndose abstracción de los problemas de lo que ha pasado y lo que debe pasar, el alumno está obligado á tener en cuenta la existencia del doble fenómeno, so pena de no ajustarse á un método estrictamente científico.

§ 168. *Noción de la sociedad como una entidad-base de la educación.*—No creo que para explicar la segunda entidad-base de la educación, ó sea la sociedad, me sea necesario engolfarme en las modernas teorías sociológicas, que siguiendo los grandes adelantos contemporáneos de las ciencias naturales, á Darwin y Spencer, la consideran como un *organismo*. Bástame apuntar un doble fenómeno indiscutible: que la sociedad es un resultado, un producto más que una suma de sus factores-hombres; y que cada individuo, por un evidente fenómeno recíproco de psicología colectiva, es retratado y modelado por su sociedad-medio. Así los hombres forman el alma de *su* sociedad, y la sociedad forma el alma de *sus* hombres.

Mucho antes que el evolucionismo se inventara, ya era conocido este doble fenómeno, que no ha escapado, por más que lo interpretaran de maneras tan varias, á los grandes pensadores de todas las épocas de nuestra civilización: Platón, Aristóteles, Séneca, Descartes, Bacon, Leibnitz, Rousseau, Hobbes, Bentham, Locke, Kant...

Este doble fenómeno, cuya existencia puede evidenciarse en todo momento, es concordante con la intrin-

seca cualidad humana de *relatividad* que más arriba específico. Es concordante con el fin primero de la educación hacer apto al hombre para luchar por su vida. Es concordante con el segundo fin congruente del progreso de la patria, ó sea de la sociedad á que pertenece: es concordante con todo el raciocinio y el fenómeno sociológico educatorio. Luego debe ser una de aquellas nociones axiomáticas que, á pesar de su sencillez, no podrá olvidar el profesor, así como no podrá olvidar el matemático aquella de que dos cosas iguales á una tercera son iguales entre sí. Tal es su trascendencia.

En cuanto al símil del progreso social y la evolución del organismo animal, tan exagerado por algunos autores, lejos está de ser absoluto. En los organismos animales hay *agregación* íntima de partes ó colonias de elementos vitales tejidos unos á otros, que viven una misma vida individual conjunta y siguen una misma suerte; en las sociedades humanas hay tan sólo *aglomeración* de elementos, cada uno de los cuales se desarrolla, se reproduce y muere con relativa independencia, cada uno de los cuales *vive una vida individual*. La separación de los miembros de una sociedad es mucho más externa, mucho más visible, mucho más completa que la de las partes de un organismo. En cada hombre hay su unidad de hombre, que puede desenvolverse y reunirse á cualquier sociedad; un órgano pertenece á su animal de manera tan íntima, que no puede funcionar independiente ni trasladarse á otro individuo. Aunque exista, por tanto, alguna semejanza entre una sociedad y un organismo, hay tan graves diferencias, que las leyes fisiológicas de los organismos no son sino pocas veces aplicables, y sólo por vaga similitud, á las sociedades. Este es el principio correcto y prudente

que á la pedadogía cuadra : no negar una semejanza que puede ser útil á sus propias especulaciones, por comparación y hasta paralelismo ; ni sentarla como axiomática é infalible, cuando la ciencia está tan distante de comprobar su pretendida verdad de ley absoluta.

§ 169. *Noción del progreso como una entidad base de la educación.*—El hombre es un animal que aspira. Del estudio comparado de la psicología humana y la animal, resulta que las bestias, como los hombres, tienen instinto, sensibilidad, inteligencia y voluntad relativas; piensan, aman, raciocinan, edifican, tienen su lenguaje y hasta realizan sus pequeños progresos contra la costumbre, cuando se ven en circunstancias y peligro imprevistos á la estirpe. Una sola cualidad alta y humana hay por excelencia, patrimonio exclusivo de los hombres, principio de su superioridad, base de todas sus grandezas: el impulso de aspirar, de mejorar, de perfección, de prosperar á lo infinito. El *espíritu de rebelión* y el *espíritu de innovación* son formas que adopta, en las luchas de la vida, ese humanísimo impulso que llamo aspiración de progreso. Como la conciencia misma no necesita definirse ni demostrarse, porque es un sentimiento íntimo que no puede ignorar quien lo posee. Sin embargo, no he debido colocar esta inmensa condición á la par de las tres condiciones fatales de los hombres—unidad, debilidad, relatividad—, condiciones que pueden extenderse también á más bajos animales: porque el impulso de aspirar no pertenece á todos los hombres, á todos los pueblos, sino á ciertos hombres, á ciertos pueblos. Salvajes hay que, según unánime testimonio de cuantos psicólogos les observaron, jamás lo sintieron ; por ello permanecen

estacionarios como las bestias; tales, los bosquimanos y los esquimales.

No puede concebirse un pueblo que marche en la vanguardia de la civilización, si su raza no sabe aspirar. Esta condición trascendental es la condición misma del progreso, es su definición, su fuerza, su realidad, su eficacia; y es á ella á la que deben dirigirse los más grandes esfuerzos de la educación. No pienso que la educación la pueda crear, pero puede encauzarla. En Norte América se presenta una elocuente demostración de esta verdad: la educación se extiende allí á blancos y á negros; y á pesar de las condiciones extraordinarias de tal país, que hubieran facilitado á los últimos la acumulación de riquezas, ya que no sirven para arte, ciencia ó política, éstos han permanecido, porque *no* supieron aspirar á levantarse, en una muy baja condición social. Las pocas excepciones son de cruzamiento, ó bien de ciertas razas que, como la hotentote, poseen, siquiera sea incipiente, esa suprema facultad de aspirar.

Aun en una misma raza, muy varia es la fuerza de tal facultad en cada uno de sus individuos. La suprema aspiración á la belleza de un Goethe, á la bondad de un San Francisco de Asis, á la verdad de un Newton, á la patria de un Pelayo—no son las de cualquier hombre de pueblo, ó de cualquier buen burgués, ó cualquier egoísta aristócrata. No aspiran todos los hombres de las razas que saben aspirar, ni todos los que aspiran, aspiran en igual grado. Enséñannos las biografías de los grandes políticos ingleses—Chattam, Pitt, Glasdton—cuánto tuvieron éstos que luchar contra el egoísmo de parlamentos que no supieron aspirar como ellos; Heine se burla de la estrechez intelectual del pueblo que ha producido á Kant, Hegel,

Wagner y Bismark. Porque aunque cada grande hombre, cada «héroe», comprenda en sus aspiraciones las de todo un pueblo (esta cualidad es la que, en la teoría del «heroísmo» llama Carlyle «la sinceridad de los héroes», quienes no podrían ser tan sinceros si no sintetizaran los sentimientos íntimos de la raza que personifican, y de la cual son una imagen, por un fenómeno de psicología colectiva); aunque cada «héroe» abarque las aspiraciones de todo un pueblo, digo, no todo el pueblo abarca las del «héroe». Las presentará vaga, nebulosamente, allí en su fuero interno; colaborará á ellas en el alma nacional; pero cada miembro del vulgo será incapaz de sentir las en conjunto. Si todos las sintieran de tan alto modo, todos serían genios, y el genio es la excepción más hermosa de la humanidad. Debe por ello el pedagogo intentar el mejor conocimiento de la idiosincrasia de cada alumno, la fuerza y la índole de esa sublime facultad de aspirar; y debe encarrilarlos y estimularlos para y por el bien del individuo y de la sociedad. De tal manera preséntase el alto ideal del progreso en la educación, ideal que más que una definición que lo explique, necesita un alma que lo sienta.

III.—UNIDAD DE CONCEPTO Y UTILIDAD DEL ESTUDIO DE LA EDUCACIÓN

§ 170. «Unidad en la diversidad» de conceptos acerca de la educación.—Muy varios son los conceptos y definiciones que se han dado de la educación, desde los tiempos de Aristóteles á los de Kant y Darwin; mas es de notarse que por diversas que tan nu-

merosas definiciones y conceptos sean, siempre *coinciden* en considerar al individuo como el sujeto de la educación, á la sociedad como el medio é instrumento, y al progreso ó mejoramiento como el ideal y el fin. Falso sería, pues, considerar un caos á todo el cúmulo de las teorías pedagógicas que han sido, pues que siempre el espíritu científico hallará más ó menos tácita ó expresamente, tres puntos-madres alrededor de los cuales surgen y giran.

Para probarlo, bastará traducir, tratando más bien de penetrar el pensamiento que las palabras textuales, una serie de definiciones de la educación, subrayando en cada cual las palabras correspondientes á lo que llamo sus tres entidades-bases. Estas definiciones son la última condensación que cada uno de sus autores ha dado á sus propias vistas sobre tan fundamental idea.

Platón: La educación tiene por fin dar al *cuerpo* y al *alma* toda la *belleza* y toda la *perfección* de que son capaces.

Rousseau: Educación es el arte de *educar* el *niño* y *formar* el *hombre*.

Kant: Educación es el *desenvolvimiento* en el *hombre* de todas las *perfecciones* posibles á su naturaleza.

Stuart Mill: La educación abraza todo cuanto *nosotros* hacemos por nosotros mismos y lo que *los otros* hacen con el intento de impulsarnos á la *perfección* de nuestra naturaleza. (La primera parte de esta definición se refiere á la auto-educación, la segunda á la educación.)

Necker de Saussure: Educar un *niño* significa *ponerlo* en condiciones de llegar *del mejor modo* posible al fin de su vida.

Julio Simón: La educación es una *operación* en que

un espíritu forma un espíritu, un corazón forma un corazón.

Enrique Joly: Educación es la totalidad de los esfuerzos que tienen por fin dar al hombre la conjunta posesión y al buen uso de sus diversas facultades.

Marión: Educación es una totalidad de acciones voluntarias y reflejas por las cuales un hombre procura levantar su semejante á la perfección.

Niemeyer: La educación es el arte y al mismo tiempo la ciencia de guiar la juventud y de ponerla con la instrucción, la emulación y el buen ejemplo, en condiciones de conseguir el triple fin que le asegura al hombre su destino religioso, social y nacional.

Denzel: Educación es el desenvolvimiento armónico de las facultades físicas, intelectuales y morales.

Major Stein: educación es el desarrollo armónico é igual de las facultades humanas, y un método fundado en la naturaleza del espíritu para desenvolver toda la fuerza del alma, todo el principio de la vida, evitando toda cultura parcial y teniendo cuenta del sentimiento que es la fuerza y el valor del hombre.)

Como puede observarse, en todas estas definiciones vibran las tres notas del acorde educación: individuo, sociedad y progreso, llámese al primero, *al sujeto*, «cuerpo y alma», «hombre», «niño», «juventud», «facultades humanas», «fuerzas humanas», «espíritu», «corazón»; llámese al tercero, *al objeto ó fin*, «belleza», «perfección», «fin de la vida», «destino social», «religión y nacionalidad», «posesión conjunta de todas las facultades», «felicidad», «toda la fuerza del alma», «todo el principio de la vida», «el valor del hombre»; y exprese ó sobrentiéndose al segundo, que es *el medio ó instrumento*, el maestro, el pedagogo, el profesor, el conjunto de todos los maestros, ó

sea la sociedad. La existencia innegable de esos tres elementos, que llamo entidades-bases, considerados como tales entidades-bases, resulta todavía mejor del comentario lógico de cada una de esas definiciones, de acuerdo con los estudios que encabezan ó cierran, que de las definiciones en sí mismas. Así la de *Spencer*: «Educación es la preparación á la vida colectiva.» ¿Quién es el preparado para la vida colectiva, sino el individuo? ¿Quién el preparante, sino la sociedad? ¿Cuál el objeto de esa «vida colectiva», sino la evolución del progreso? Y de igual modo pudieran explicarse cualesquiera otras, así como en un acorde simple, perfecto, por invertido ó controvertido que se presente, sonarán siempre sus tres notas constituyentes.

Hay una escuela contemporánea que, influida por los principios de la fisiología y de la psicología animal, describe como primero, cuando no como único fin de la educación, la conservación del individuo, de su familia, de su sociedad. No hay real antagonismo entre tal teoría y la tanto más vasta que desarrollo: el primer objeto, el objeto inmediato de todas las luchas de la vida, es la conservación; sin el fin primordial de la conservación, no puede haber fines ulteriores, como la patria, como el progreso. Hay más todavía: en el estado actual de las luchas de la humanidad, luchar por la patria y por el progreso es, en últimos términos, luchar por la propia vida individual. Sin citar casos como el de la reina María, ó Pitt, quienes se aniquilan y acaban melancólicamente su vida, la una cuando la patria pierde Calais, y el otro cuando su política internacional se debilita, debo recordar que la decadencia de una nación dificulta la

vida material de los individuos, disminuye los bríos psicológicos de sus pensadores, y que la derrota suele producir en la historia más suicidios que las pestes y las hambres. Luchar por el perfeccionamiento personal de la especie, es en la evolución de hombres y pueblos, á causa del egoísmo leonino de pueblos y hombres, luchar por la conservación de la propia vida.

Llamaré á este acuerdo de ideas, contrariamente á la opinión de tantos que suponen á la ciencia-arte de la pedagogía un oscuro cúmulo de principios y teorías contradictorias, *unanimidad* de la educación, ya que en el fondo del asunto, y á pesar de extraordinarias divergencias, existe un perfecto, un unánime acuerdo en cuanto al sujeto, al medio y al fin. En el siguiente capítulo demostraré cómo existen, también inversamente á las apariencias y á una creencia generalizadísima, no sólo en el pueblo, sino en la casi totalidad de los autores, ciertas leyes universales que todos ó casi todos los pensadores profesan aunque pocos concretan, que llamaré *las leyes fundamentales de la educación*.

Es de notarse, antes de cerrar este párrafo, que en casi todas las definiciones que cito se marca un deliberado empeño de recalcar el hecho de que la educación debe ser total, debe referirse á todas las fuerzas del hombre. Este empeño tiene una razón histórica de alto interés para el pedagogo; casi todos esos vastos conceptos de la verdadera educación son reaccionarios contra otros falsos conceptos parciales. Platón especifica que la educación debe comprender al cuerpo y al alma, y tener por fin todas las bellezas y todas las perfecciones posibles; porque otras doctrinas en-

tonces en boga en Grecia, y de las cuales se notan rastros con referencia á la enseñanza de Sócrates y aun en las obras de Aristóteles, dedicaban preferentemente el total de sus esfuerzos educatorios al alma, y aun sólo á ciertas facultades, las más altas, del alma; en Lacedemonia se educaba casi exclusivamente el cuerpo. Igualmente los autores modernos, reaccionan en un concepto vasto y absoluto de la educación, contra otro concepto más reducido de los teólogos medievales, de Santo Tomás ante todo, quienes la consideraban bajo un punto de vista místico, muy semejante al «perfeccionamiento» y al «conocimiento» de los admirables ascetas brahmánicos; para cuyos teólogos, como para cuyos ascetas, la educación fué un alto medio de disciplina y de elevar el alma hacia el «pleno conocimiento de Dios». Concepto hermoso, hoy anacrónico, que arrastraría con el catequizamiento de imperfectos discípulos, las actuales sociedades al hambre, á la derrota y á la decadencia; el moderno será menos alto, menos puro, más vasto, más real, pero no es, como algún místico anticuado haya pretendido, contrario á la «sabiduría» que emana de la revelación para los pueblos cristianos. Como que la voz de Dios ordena al hombre en el Génesis: que *cultive la tierra y la someta á su imperio...*

Como todo lo psicológico, como todo lo que vive y piensa, la educación se compone de un conjunto de reglas y doctrinas que se complican, relacionan, vinculan, entreveran, se contradicen en parte, en parte se complementan. Tal es el alma de los hombres y de los pueblos: fuentes de fuerzas y tendencias, potentes, débiles, vagas, decisivas, corroborantes, contradictorias, un círculo de violencias y de armonías. Si tales

contradicciones no existieran, esa alma sería monótona; caótica si no se armonizaran. La educación, pues, que en término final es el alma de hombres y de pueblos, se presenta como un cúmulo de ideas, principios, doctrinas, fuerzas, que se chocan, completan, estorban, vencen, aniquilan, fecundan... y *armonizan*; y es ciencia, porque, á pesar de todos sus aspectos, es armonía.

§ 171. *Objeciones al estudio profesional de la educación, respecto á su influencia sobre las aptitudes del maestro.*—Creo de alta utilidad resumir ahora las principales objeciones que se han hecho y se hacen al estudio profesional de la educación; estas objeciones se refieren, unas al maestro, otras al alumno y otras á la teoría educadora.

Objétase al estudio profesional de la ciencia de la educación, respecto á su influencia sobre las aptitudes del maestro:

1.º Que la enseñanza, más que una profesión aislada, es una resultante de estudios relativos á otras profesiones (así, el profesor de derecho, por ejemplo, debe ser, antes que pedagogo, jurisperito y abogado).

2.º Que la facultad educadora proviene antes de intuición que de estudio.

3.º Que debe dejarse á cada maestro seguir su método personal y no circunscribírsele á determinada teoría, so pena de aminorar su eficacia.

Hallo sofisticas las consecuencias extremas que se han pretendido sacar de cada una de estas afirmaciones, que sin embargo encierran en sí su parte de verdad. Creo que enseñar es vocación y es ciencia: vocación, en cuanto exige un determinado temperamento de pedagogo que no todos los hombres poseen, así

como lo exige el derecho, la medicina, el sacerdocio, la política, la milicia; ciencia, en cuanto requiere, á más de la vocación, conocimientos técnicos especiales, gran dosis de observación, perfecta compenetración de los principios y las leyes fundamentales (aún no demostrados muchos de ellos) que rigen ese maravilloso fenómeno de la educación para todos los hombres, razas y edades.

Sentadas estas premisas, corto es el alcance que se puede dar á cada una y al conjunto de las tres objeciones apuntadas: la enseñanza, luego, debe considerarse, al propio tiempo, como una profesión casi exclusiva, intuitiva y fundada en estudios especiales. Ahora bien; estos estudios, lejos de cortar al maestro la facultad de desenvolverse según su temperamento, le dejan plena libertad de desarrollar su método especial, el método que aplique con mayor cariño y originalidad, siempre que ello se halle dentro de ciertas condiciones científicas; con todo lo cual se desvirtúa el peligro que indica la tercera objeción precedente. La personalidad del maestro es el alma-mater de la educación; él es quien despierta el raciocinio y el amor al estudio en sus pupilos; él es quien da ideas á materias muertas en sí mismas; él es quien aplica los métodos y sistemas, quien encauza aficiones, quien inculca principios, quien desarrolla fuerzas, quien destruye malas tendencias, quien siembra, quien riega, quien poda, quien recoge la primicia en el jardín del alma joven; quien enseña! Mas si el temperamento es cosa imprescindible é inadquirible para saber enseñar, él solo no basta; necesita también los conocimientos y disciplina de la ciencia, del arte supremo de la educación (1).

(1) Traduzco del profesor F. Paulsen, *Geschichte der gelehrten Unterricht auf den deutschen Schulen und Universitäten*.

§ 172. *Objeciones al estudio profesional de la educación, respecto á los resultados de su aplicación sobre el alumno.* — Objétase al estudio profesional de la ciencia de la educación, respecto á los resultados de su aplicación sobre el alumno:

1.º Que alumnos en quienes se ha ensayado un sistema estrictamente científico, resultan «mecánicos» en su método y su espíritu;

2.º Que en otros sobre quienes se ha verificado prueba idéntica, no ha producido ésta mejoría alguna, dejándolos tan incapaces cual antes lo fueran.

La diaria observación nos enseña cuán frecuente es que aquellos estudiantes que de buen grado se sometieron con mayor exactitud á la disciplina escolar ó universitaria, que han merecido los mejores encomios de sus maestros, y á quienes se han adjudicado los más altos y á veces la totalidad ó casi totalidad de los premios, resultan luego, cuando las luchas de la vida ponen á más rigurosa prueba sus facultades, faltos de bríos, de originalidad, de esa fuerza pensante que hace de los hombres superiores, elementos *sui generis* en las sociedades, por su intelectualidad rica en líneas fuertes, en notas agudas, en rasgos enérgicos, todo desentonante en el conjunto equilibrado de mediocridades. Uno y otro tipo, el de la mediocridad educativamente patentizada de talento y el del verdadero talento no reconocido en las aulas, presentan infinitos matices; los

ten, tomo 1.º, 2.ª edición, Berlín 1896: «La verdadera cuestión esencial en educación, es el amor del maestro por su obra y su simpatía para sus discípulos. Es esto lo que despierta en sus mentes la vida y el poder. No podrían hacerlo planes de estudio; tampoco programas ni métodos. El más perfecto sistema y la más interesante materia son cosas muertas en sí mismas. Poco pueden el Estado y su intervención para cumplirlas. El maestro debe cumplirlas.»

matices que se observan en la diversidad de todo el conjunto de humanos temperamentos y caracteres. Pero ¿son acaso esos tipos, esos caracteres, resultados, siquiera indirectos, de la educación?...

Contra tales argumentos, sostengo, de acuerdo con los principios desenvueltos, ó mejor dicho, en consecuencia de esos principios, en primer lugar, que un exceso de disciplina escolar no mitiga el talento ni lo acrecienta, como lo demuestran infinitos ejemplos; en segundo, que si es verdad que ciertos excesos de estudio metódico tienden, á veces, á producir ese tipo inicuo que en el lenguaje popular se llama «estudiante modelo», esto ocurre sobre alumnos que nunca hubieran tenido mucha «personalidad propia», en ningún medio y con ningún estudio; y tercero, que esa tendencia de ciertas disciplinas escolares ó universitarias proviene precisamente de cierta carencia de profundidad pedagógica en los maestros. No por sobra de ciencia, sino por falta de ciencia. En efecto; la estrechez de planes enciclopédicos obligatorios, la ausencia de especialidades absorbentes, la falta de estímulos para la originalidad, el círculo de hierro de una enseñanza despótica, de programas detallados, abigarrados, mecánicos, minuciosamente estrictos, no es un producto del estudio de la pedagogía, sino una prueba de su ignorancia. Si es cierto que determinados sistemas de enseñanza suelen producir los males apuntados en las objeciones anteriores, no se inculpe de ellos á una ciencia *cuyo fin es evitarlos*. Pretender por esto que no es conveniente el estudio de la ciencia educativa, sería como deducir del hecho de que muchas enfermedades no se curan y muchos enfermos se mueren, la inutilidad de la medicina.